

solamente el parentesco, mientras se ofrece tomar las armas unos contra otros.

Las causas porque suelen descomponerse semejantes uniones, son tambien indignas de racionales, porque ellos tienen divididos entre sí los montes, prados, rios y llanuras; de suerte que una nacion caza, pescà y se aprovecha de todo lo que tiene señalado; y si uno de otra nacion entra en sus tierras, aunque sea solo por cojer un conejo, lo reputan por tan grave delito y menosprecio á sus armas, que se escita una sangrienta guerra por un solo conejo, como pudiera por el mas poderoso reino ó señorío. El traje y gala con que salen á batallas es tambien digno de risa, porque buscan barros de diferentes colores, de que hay abundancia en estas tierras, y embarrándose con ellas sus adustos cuerpos, se pintan en ellos sierpes, víboras, sapos y otros inmundos animales, poniéndose en las cabezas plumas de varias aves y colores, y esta es la mejor gala y el mejor adorno para sus ojos.

Yo he visto varias veces, cuando salian en la Vizcaya á recibirme visitando la provincia, à los indios envijados de esta forma, y aseguro que son unos espectáculos tan diformes, que pueden retratar al vivo á los demonios, porque como son adustos, membrudos y denegridos, pintados de colores pàlidos y adustos con imágenes tan feas y horribles, causan pavor á los que los miran, y aun las bestias mulares tiemblan y se espantan con su vista, y lo peor es que juzgan que se les infunde el valor y ponzoña de los animales que llevan pintados en sus cuerpos, y así procuran que sean de los mas feroces. Estas y otras figuras sacan en sus batallas, indignas de que se refieran, siendo crasísima su ignorancia de las cosas que pertenecen así à sus cuerpos como à sus almas; sin duda que la cautividad en que se hallan se produjo de la ignorancia en que se crian, como del pueblo de Israel afirmó el profeta Isaias en el capítulo 5.



CAPITULO VI.

Dase razon de otros abusos y procederes de los indios.

Por las esperiencias que tenemos los hijos de esta provincia, y por relaciones que me han hecho religiosos cuerdos y prudentes de ella, hallo que sus indios tienen tan varias supersticiones y viven tan engañados, que sola la astucia del infernal enemigo puede haberlos metido en iguales laberintos: entre las barbaridades que de sus desatinados juicios he observado, referiré una tan disparatada como sus rudísimos pensamientos. Sucedió en uua labor hàcia el reino de Leon, que el dueño de ella delante de unos indios se quejase del año, que habia sido estéril por falta de aguas, y que las milpas ó siembras se perdian sin remedio: y oyendo la conversacion un indio viejo que parecia mas político, le respondió estos desatinos:—"Has de saber, señor, que dicen los viejos de mi nacion que ya no tendrèmos buenos años de aguas, y que no ha de llover en forma, porque ha sucedido una grande desgracia en el cielo."—Riose el español del disparate, y para reirse mas, le preguntó, ¿qué infortunio habia sucedido en el cielo, de que no habia noticia en la tierra? Y como si refiriera una nueva sabida por cartas muy seguras, respondió el indio:—"Señor, ya há muchos años, segun dicen nuestros mayores, que el llover corria por cuenta de un viejo, tan discreto y cuidadoso de enviar las aguas à su tiempo, que no dejaba parte de la tierra que no regase, porque tenia toda providencia y disposicion en su ministerio, y mientras él vivió nunca se espermentaron faltas, antes cuidaba de los sembrados, y todo lo tenia bien dispuesto; pero murió el vie-

jo los días pasados, y dejó el oficio de llover à hijo un suyo, mozo y sin experiencia, el cual como nuevo en el oficio y poco diestro, no sabe llover parejo, sino á mangas, ni enviar las aguas cuando la tierra las necesita, y por eso se experimentan tantas esterilidades en estos tiempos."—Todos estos desatinos causaron mucha risa al español que le oía, y procurándole sacar de tan bárbaro pensamiento con razones cristianas y políticas, se quedó en sus trece el indio, diciendo que así lo decían sus mayores y sus viejos, cuyo dicho para ellos les engendra un asenso indeleble, como carácter que nunca se les borra de la memoria.

Es también comun opinion entre ellos, que cada río ó manantial de agua tiene su particular tutelar que le cuida, y á los tales los apellidan Nahuales, y así como los gentiles romanos tenían sus genios fingidos en sus dioses caseros, á lo que alude un español ingenio que dijo: *Salve parva domus, pariter salve penates*: así estos en todas las aguas veneran un nahual, y dicen que á él se le debe aquel beneficio de dar aguas á la tierra, y casi le dan adoracion, segun los obsequios con que la tratan, pues ellos echan en las fuentes algunas cosillas como oblacion á su mentido númen. Diré lo que sucedió á un religioso sobre este punto: supo que en un ojo de agua del pueblo en que vivía, veneraban los indios á una tortuga pequeña que había en el ojo de agua, como á nahual que se conservaba en el manantial; quiso el religioso desengañar á los indios y sacarlos del error en que vivían, y en presencia de los indios sacó la tortuga y la hizo minutísimos pedazos: los indios sintieron mucho el que les quitara y matara su fingido númen, y el demonio para afianzarlos en sus errores, comenzó en forma de otra tortuga, que se apareció sobre el agua á dar tan espantosos silbos, que parecía querer tragarse á los circunstantes: comenzaron los indios despavoridos como á feprender al religioso, que decían era causa del sentimiento que mostraba el nahual por haberle echado fuera del manantial, donde tenía su dominio; conoció el religioso por las señas y palabras de los indios, que adoraban como á su dios aquel inmundo animalejo, y que el demonio para radicarlos en la idolatría causaba aquellos espantosos silbos, y revestido de celo comenzó á conjurar al in-

fernal enemigo, y no permitiendo Dios que pasase adelante el engaño de los indios, dando ahullidos espantosos se desalojó el demonio de aquel sitio, que dejando en él olor de azufre, señales de ser morador de las tartáreas regiones, conocieron todos el engaño en que habían vivido, y el religioso, dando á Dios las gracias por el beneficio recibido, puso una cruz á la orilla del manantial en señal de triunfo.

En llegando á algun río ó manantial hacen toda humillacion al genio de aquellas aguas, para que no les hagan el daño que presumen, y aun les ofrecen algunas cosillas para tenerlas gratas; lo mismo ejecutan con las eulebras caseras, á las que respetan mucho y no permiten que se les haga el menor daño, porque dicen que sus nahuales se trasforman en ellas, y si alguna vez inconsideradamente las han muerto, dicen que luego experimentan el castigo, y es que el demonio les causa algunos daños para que continúen en sus errores diabólicos.

Observan también con los árboles desatinadas tradiciones de sus viejos, y si la gentilidad política daba á cada deidad mentida un árbol, como á Alcides el álamo, el mirto á Venus, el laurel á Febo, y la vid á Baco, como cantó Ovidio; así estos bárbaros engañados no conocen árbol alguno en que no tengan muchas supersticiones, creyendo de ellos cosas que son á la razon repugnantes, y entre las supersticiones que con los árboles tienen, ha perseverado casi hasta el año de 1716 en los indios de la sierra de Colotan una, que ha sido necesario mucho teson de los religiosos y tormento de los señores obispos y justicias reales para borrarla en algun modo: juntábanse con muchas supersticiones al tiempo que tenían de costumbre, é iban al monte muchos indios, y escogiendo el mas alto y derecho pino, le derribaban con desatinadas ceremonias y le traían á su pueblo: había muchas danzas y embriagueces, que son la mayor solemnidad de sus fiestas, hacían al madero reverencias y le zahumaban con incienso, adornándole con diversas flores y olorosas yerbas, durando este festejo algunos días con sus abominables ceremonias: reconocieron los ministros con madurez que olía esta ceremonia á idolatría, por la veneracion con que al cortado pino trataban; dieron voz al señor obispo, haciéndole cabal relacion de las ceremonias con que trataban al tronco, y

su ilustrísima hizo todas las diligencias que en su paterno celo cabian, valiéndose de la justicia real para el auxilio, con que se evitó tan escandaloso abuso que picaba en idolatría, según lo resistieron los bárbaros.

Con las silvestres yerbas y raíces observan sus bárbaras ceremonias, presumiendo que tienen natural virtud para avivar sus rústicos entendimientos, y aun para dominar en las fieras de los montes, pues tienen yerba con que presumen que no se puede escapar al tiro de sus flechas leon, lobo, ni oso, pensando que con solamente traerlas no pueden dejar de acertarles: traénla también consigo para el ejercicio de la caza, y juzgan que con traerla tienen asegurados los venados y conejos: y lo que es más, juzgan que saldrán vencedores en las guerras trayendo consigo la tal yerba, y no se desengañan saliendo vencidos muchas veces, porque discurren que algún accidente apagó por entonces su actividad á la yerba. A las yerbas venenosas, de que hay muchas en las sierras, veneran como á deidades y les hacen todo acatamiento, procurando no pisarlas, porque creen que se enojarán con ellos y les harán mucho daño con sus malignas cualidades, teniendo á las insensibles plantas por discursivas y libres en sus operaciones, cosa indigna de racionales; pero les dan inflexible asenso.

La raíz que más veneran es una llamada peyot, la cual muelen y beben en todas sus enfermedades; y no fuera esto tan malo si no abusaran de sus virtudes, porque para tener conocimiento de los futuros y saber cómo saldrán de las batallas, la beben deshecha en agua, y como es tan fuerte les dá una embriaguez con resabios de locura, y todas las imaginaciones fantásticas que les sobrevienen con la horrenda bebida, cogen por presagios de sus designios, imaginando que la raíz les ha revelado sus futuros sucesos; y lo peor es que no solo los bárbaros ejecutan esta diabólica superstición, sino que aun en los indios domésticos dura este infernal abuso, bebiendo á escusas de los ministros, procurando hacerlo con todo secreto; pero como no cabe secreto entre embriagados, como aseguran los Proverbios (*Prover. 31, Celius 40*) y aun Celio lo manifiesta en sus versos, por más que procuran ocultarse son descubiertos y con severidad castigados.

Sucede aun entre los indios políticos, que los padres cuelgan á sus hijuelos en los cuellos unas bolsillas, y dentro de ellas, en lugar de los cuatro evangelios que ponen á los niños en España, meten el peyot ú otra yerba, y preguntados de sus virtudes, dicen sin empacho ni vergüenza que es admirable para muchas cosas, pues con ellas saldrán sus hijos diestros toreadores, ágiles para domar caballos, y de buenas manos para matar novillos; de suerte, que juzgan que los que se crían con esta yerba al cuello, son para todo á propósito. Sucedió á un religioso de esta provincia, que yendo á un rancho á confesar á un indio, se perdió en el camino, y anduvo casi tres días perdido por los palmares, al cabo de los cuales fué á dar al pueblo milagrosamente, y contándole á un indio su trabajo y lo que en los campos había padecido de sedes, hambres y desconsueltos, le respondió el indio:—"Padre, yo te daré un remedio para que nunca te pierdas, aunque vayas sin senda hasta el cabo del mundo."—Esperaba el religioso que le diese alguna observación para atinar los caminos y no perderse en ellos, y el remedio fué que de allí á tres días le daría unas yerbas que él conocía, y que estaban en los montes del Armadillo, las que si trajese siempre consigo no se podría perder, y añadió que lo tenía bien experimentado. El religioso, que oyó tamaño desatino, se enojó mucho, y estuvo en puntos de embestirle, porque remedio tan ridículo en ocasión de tanta hambre y cansancio, parecía que quería hacer prueba de su paciencia; que como dicen las sagradas letras, quien con el hambriento y cansado entabla conversaciones, quiere y solicita discordias; pero se contentó el religioso con afearle su desatino, teniendo después muchos días de risa por el medicamento ridículo, aunque en la realidad sus cosas son dignas de toda lástima.



CAPITULO VII.

Prosíguense los abusos de los indios y sus indignas adoraciones.

De cuantas naciones bárbaras componen el universo, solos los ateistas no conocieron deidad, por vivir sin dios en sus malignas costumbres; pero fuera de estos y los que siguen sus pasos, no ha habido nacion alguna en el universo, por bárbara que sea, que no haya reconocido á Dios por sus efectos maravillosos; porque como los cielos con sus astros luminosos están pregonando con voces de luz sus maravillosas obras, hacen venir en conocimiento de su poder y magestad á los mas rústicos: y el incipiente que nos pinta David, que dijo no haber Dios, es sin duda la mayor parte de esta engañada gentilidad, porque hay muchas naciones entre los bárbaros que absolutamente presumen que no hay Dios alguno, y todo lo tienen por acaso de la naturaleza.

Es tan verdad esto en muchas de estas naciones, que sucedió en una ocasion, que estando haciendo una sepultura en una capilla de una hacienda, sacaron unos huesos áridos, y un indio se llegó al sacristan y le dijo:—Ves como salen estos huesos del sepulcro, y que un tiempo fueron de hombre, y han quedado descarnados y secos, ¿pues cómo nos quieren persuadir los religiosos que en muriéndonos nos vamos al cielo ó al infierno, cuando tenemos esperiencia tan clara contra sus disparates? Lo cierto es, prosiguió el indio, que cuando morimos nos acabamos, perdemos la vida y nos convertimos en estos pobres huesos, que por último se consumen sin ir al cielo ni al infierno, y todo lo que nos dicen los padres acerca de esto es

una mentira con que presumen engañarnos; porque de la misma manera que el caballo y el venado dejan despues de muertos dispersos sus huesos por el campo sin ir al cielo ni al infierno, así nosotros.—Afeóle el sacristan de la hacienda, que le oia, tan bárbaros discursos, y aunque gastó muchas razones como católico para disuadirle de sus errores, jamas dió el bárbaro asenso á sus verdades, antes las tenia por mentiras, y como son de discursos rudos no se pueden convencer con razones sus ignorancias. Lamentacion que hizo Baruc, condolido, al parecer, de la ignorancia de estas miserables gentes: de forma que si la oscuridad que Juvenal aplica á los indios en sus sátiras, se ha de entender de sus tenebrosos entendimientos mas que de sus colores adustos y quemados, no dijo mal en posponerlos á los infames moros, porque su discurrir es mas rudo y su vivir mas sin razon.

Hay tambien algunas naciones que dan algun género de divinidad á los astros, como es á las estrellas, sol y luna, y presumiendo que de ellos les vienen la salud y todo bien; y cuando enferman juzgan que los han lastimado las estrellas, y como ellos con sus flechas ejecutan todos los daños, tienen en su idioma por frase el decir que los astros los han flechado, como nos lo dicen cuando vamos á confesarlos, y por mas que uno los disuade nunca quedamos satisfechos de que salgan de su error. Otros, como tengo referido, adoran la fuentes y los rios, y muchos imaginan deidad en los mas silvestres troncos. Algunos veneran tambien animales, cuevas y montes, y algunas rudas figuras que de bastas piedras fabrican, de las que he visto algunas con muy mal formadas caras, á las cuales dan veneraciones, juzgando que de ellas reciben beneficios siendo obras mal formadas de sus manos, adorando lo que ellos mismos se fabrican, sin mas razon que su ceguedad é ignorancia, valiéndose de los retiros de los montes y sus profundas barrancas para ocultar de los celosos ministros tan abominables adoraciones. En confirmacion de lo referido aun entre los indios bautizados, pondré á la letra parte de un informe que de mandato del M. R. P. provincial de esta provincia hizo un ministro del convento de Huejuquilla, muy capaz é inteligente en todas las materias, y es del tenor siguiente:

“M. R. P. N. provincial. Poco menos de un año antes que V. P. M. R. se dignase de poner á mi cargo esta doctrina, hallándose el padre lector Fr. Miguel Diaz de guardian de este convento, tuvo noticia que en Temzompla, dos leguas distante de este pueblo, habia ciertas casillas pajizas en lo mas oculto de la Sierra, llenas de muchas adargas, flechas y jarros, y que nadie, al parecer, las habitaba; discurrió mi docto guardian prudentemente, que casas con tales señas no podian ser para otro fin que para ídolos, y así acompañado del goberador y un teniente, que á la sazón habia puesto aquí el capitán Dosal, partió para el pueblo de Temzompla. No le salió vano su discurso, pues guiado del que habia dado la noticia, llegaron sin estorbo alguno á las dichas casas, y comenzando á registrar lo que habia dentro, hallaron ser sin duda algun domicilio del demonio: la casilla mayor tenia á la puerta una cestilla y sobre ella estaba de piés una figura del alto de un palmo, hecha de cera, que representaba un feísimo negro, con tal disposición las manos, que parece daba á entender era el que cuidaba la puerta, y defendía la entrada. En lo interior de esta misma casa á la testera estaba un asiento ó equipal, y en este estaba sentada una figura en esta forma: tenían un cadáver sin que le faltase hueso alguno, curiosamente envuelto en unas mantas de lana adornadas de plumas de colores varios, de tal forma reunidos unos con otros los huesos, que solo la carne y nervios faltaba, que unidos con unas cañuelas, los tenia amarrados. En las otras casas estaban las adargas, jarros y muchas cuentas de abalorios que usan comunmente estos indios poner á sus ídolos, como notó el padre Torquemada; todas estas inmundicias por las razones que el dicho padre esplica, y tambien porque cada cosa de estas es especial dios para ellos, estaban en las casillas. No tuvo la gentilidad antigua tanta multitud de dioses como se les han conocido á estos indios: todo cuanto miran es dios para ellos, y todo cuanto les causa admiración es su ídolo.

“Viendo, pues, mi guardián la execrable maldad de estos idólatras, encendido en un fervor cristiano, comenzó á derribar aquel diabólico edificio, y hacer pedazos aquel conventículo de idólatras: puso fuego á las casillas é hizo pedazos todos aquellos jarros, de tal suerte que no dejó cosa que no redujera á pol-

vo; con el cadáver y figura de cera hizo lo mismo, no dejando de aquellos huesos ni aun las cenizas en la tierra: á todo esto estaban los indios presentes, mas tan atónitos y mudos, que no se les oyó palabra alguna. Hasta aquí, nuestro ministro.”

Pero ¿qué habian de hacer los indios idólatras, sino callar enmudecidos? ¿Qué habian de hablar estas ranas de hígados doblados: *Jeminatum jecur*: propiedad de idólatras, dos hígados para producir mucha sangre y enviarla toda á los ojos para mirar con ojos de sangre la luz divina que tenemos? ¿Qué podian hablar, vuelvo á decir, si estaban á la luz de la verdad ellos y sus falsedades, y á la vista del sol sus mentidos dioses? Y es propiedad de las ranas callar al amanecer de la luz; y mucho peores que las ranas son estos idólatras, porque al registrar la luz no solo callan, sino huyen de ella, y así nunca en su ceguedad les amanece, quedando á oscuras y enfermos en su pertinacia.

En otra ocasión en este mismo pueblo, poco antes que llegara el Illmo. Sr. D. Juan Ruiz Colmenero, tuvo noticia el ministro de otras semejantes casas de idolatría, cuatro leguas distantes del convento en lo mas oculto de la Sierra. Dió noticias al devoto príncipe el ministro de lo que ocultaba la Sierra de casas de idolatría, y sin admitir el menor descanso á la fatiga del camino, montó, aunque enfermo, á caballo, y llegando á la parte señalada, halló las casas, y en la mayor colocadas sus estatuas sentadas en equipales y ante los piés de sus fabulosas deidades algunos dones: hizolos derrocar y abrasar el ilustrísimo príncipe, y aunque quitó de sus ojos aquellos infames objetos, no pudo arrancar de sus corazones la propensión natural que tienen á la idolatría, pues cada dia se les reconoce mas inclinación por los ídolos que se les descubren en nuevos adoratorios que ocultan en sus mas ocultos retiros, como se vió en los que me remitieron á mi intermedio, de que dejé hecha relación cuando traté de la fundación de Huejuquilla.

Casi de la misma forma tenían los nayaritos otro cadáver, que sacaron y llevaron á México cuando su conquista, y se quemó públicamente en auto general de indios, que hizo el Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, obispo dignísimo que fué de Yucatan, é hijo de la insigne ciudad de Zacatecas: y he

oído decir á personas fidedignas, que por la boca de aquel cadáver daba el demonio respuestas á sus bárbaras preguntas, incitándolos á que siguieran sus costumbres para precipitarlos en los abismos; y así como los gentiles tenían su oráculo en Delfos, donde el demonio respondía á sus preguntas por la boca del oráculo, así lo tenían los nayaritas para seguir sus descaminadas respuestas, de que no solo se seguían hostilidades, sino obstinacion y dureza.

Intentaron en varias ocasiones nuestros religiosos reducirlos con su predicacion y ejemplo á la fé católica; pero obstinados no dieron oídos á sus evangélicas voces, dando por pretesto que su dios les aconsejaba lo contrario, y que aun no era llegado el tiempo. Los primeros que entraron al Nayarit á predicar el Evangelio en distintas ocasiones, desde el año de 1635, fueron nuestros religiosos de Guazamota, que con la cercanía cada día continuaban su evangélica correría á aquellos bárbaros idólatras.

Por el año de 1709 entraron para el mismo fin por medio del Nayarit los reverendos padres lectores actuales de teología del convento de Guadalajara, que á la sazón lo era el ilustrísimo y reverendísimo señor, que ahora es obispo de Honduras, D. Fr. Antonio Lopez Guadalupe, el M. R. P. Fr. Pedro de Rivera, provincial que ha sido de Jalisco, y el R. P. Fr. Juan de Oliván, que hoy es lector jubilado: y habiendo caminado á pié muchas leguas y solicitado sacarlos de los bárbaros errores en que vivían, se dieron por desentendidos de sus persuasiones evangélicas, y los sacaron como desterrados de los contornos de sus tierras. Por el año de 1713 entró á la conversion de estos bárbaros el R. P. y apostólico varón Fr. Antonio Margil de Jesus, hijo del apostólico colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, á quien bárbaramente obstinados, resistieron la entrada en sus tierras, despreciándolo con bárbara osadía, hasta tirarle á la cara con una zorra. Pero movidos de la divina gracia el año de 1720, voluntariamente pidieron ministros evangélicos de la sagrada Compañía de Jesus, los que hoy día perseveran con indecibles trabajos, entendiendo en la conversion de los bárbaros nayaritas.

Otras naciones hay que hoy están al cargo de nuestro cole-

gio de Guadalupe de Zacatecas, en las Tejas, que reverencian al fuego, dándole adoraciones como á verdadera deidad, para cuyo efecto tienen un sacerdote que de día y de noche le esté atizando, pareciéndose en este detestable abuso á las vírgenes vestales que veneraban los romanos. De este inicuo sacerdote de los tejas me ha asegurado un religioso fidedigno, que fué misionero entre aquellas gentes bárbaras, que lo vió muchas veces comer las encendidas brasas, y tragárselas sin recibir lesion alguna, y que siempre hizo juicio que tenía pacto con el diablo para tener en sus errores radicados por este medio aquellos gentiles miserables, haciéndoles creer al mismo tiempo que en obsequio de su Dios se pasaba cuarenta días sin comer ni beber cosa alguna, accion que, si como los indios lo dicen, la ejecutaba, no podía ser por humanas fuerzas, y solo podía tolerar ayuno tan prolongado por artificio del demonio.

Hállanse entre estas gentes otras especies de idolatría, porque como son las naciones muchas, cada una tiene deidades diversas: y se hallan otras tan bárbaras que son las mas que juzgan que no hay deidad alguna, como tengo referido, discurriendo solamente que comiendo y bebiendo con demasía, dan á su vientre adoraciones sin poner el conato en otra cosa. Tienen entre ellos grandísimas competencias sobre la mejoría de sus ritos y ceremonias; y así, los que adoran los astros, murmuran á los que veneran los ríos, y estos hacen burla de los que dan adoraciones á los cadáveres inmundos, y los que no reconocen dios alguno, se rien de todos; y á la verdad que á unos y á otros debemos tener mucha lástima, pues caminan por tan erradas sendas á los infernales abismos, viviendo todos en perpétua ceguedad, y careciendo de la verdadera luz sus miserables é infelices almas.

